



## LA BANALIZACIÓN DE FET-JONS

Damián Alberto González Madrid

Ninguno de los pilares fundamentales de la dictadura franquista ofrece al historiador un perfil tan desconcertante como la “ortopédica” FET y de las JONS. Heredera de una fuerza política con un elevado potencial fascista y revolucionario aunque sin base social propia, acabó convertida en pocos meses en el único partido tolerado, y con su líder aupado a la jefatura del Estado. Paradójicamente, resulta complicado encajar teóricamente la dictadura franquista dentro del modelo de régimen fascista si atendemos a la génesis, evolución y el papel desempeñado por un movimiento político como aquel en el seno del compromiso autoritario que hizo posible la configuración y la durabilidad de la dictadura<sup>1</sup>.

Es clara la vocación fascista de FET-JONS pero, a pesar de su exclusividad como organización, nunca asumió la dirección del proceso político dentro del cártel de poder ni alcanzó a sustituir la primacía del discurso católico por otro homologable a la “obsesión palingenésica”, aspecto central

1. P. Burrin, *Politique et société: les structures du pouvoir dans l'Italie fasciste et l'Allemagne nazie*, en “Annales ESC”, 1988, n. 3, pp. 615-637; I. Saz Campos, *Escila y Caribdis: el franquismo, un régimen paradigmático*, en J.A. Mellón (ed.), *Orden, jerarquía y comunidad. Fascismos, dictaduras y postfascismos en la Europa contemporánea*, Madrid, Tecnos, 2002, p. 162. Remito abreviadamente a las monografías fundamentales sobre el falangismo elaboradas por S. Ellwood, *Prietas las Filas. Historia de Falange Española*, Barcelona, Crítica, 1984; S.G. Payne, *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español. Historia de la Falange y del Movimiento Nacional (1923-1977)*, Barcelona, Planeta, 1997; J.M. Tomás i Andreu, *La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española y de las JONS*, Barcelona, Plaza y Janés, 1999 y Id., *La Falange de Franco. Fascismo y fascitización en el régimen franquista, 1937-1945*, Barcelona, Plaza y Janés, 2001; J.L. Rodríguez Jiménez, *Historia de la Falange Española y de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, y I. Saz Campos, *Franquismo y fascismo*, Valencia, Universitat de Valencia, 2004.

y definitorio del fascismo genérico<sup>2</sup>. Esas circunstancias, no menores por cierto, dificultan la asimilación del franquismo tanto a una categoría general de fascismo<sup>3</sup> como a la de un autoritarismo cualquiera, y coloca a la dictadura española en el terreno de los regímenes fascistizados<sup>4</sup>. Concepto que puede resultarnos útil, ciertamente, si asumimos que la fascistización no equivale solamente a un bloqueo del fascismo, sino también a una aproximación de la derecha al fascismo y sus valores antidemocráticos, lo que difumina y complica el deslinde<sup>5</sup>.

A la posición periférica del partido en la dirección y organización del régimen, más acentuada si cabe después de 1941, hay que añadir el deficiente funcionamiento de algunas de sus principales delegaciones y servicios, y la imagen que algunos jefes tenían de la propia organización. A resultas de todo ello se ha consolidado un marco interpretativo sobre FET-JONS que no solo duda de la condición fascista de la dictadura, sino que asume basándose en certidumbres empíricas que la Falange de Franco constituyó un fenómeno dependiente y sin suficiente autonomía, subordinado, y con capacidades limitadas. Sobre esta perspectiva creo que se pueden apuntar, al menos, dos problemas. El primero tiene que ver con la insistente asociación que vincula FET-JONS con debilidad, subordinación y derrota. Conceptos que, aunque recogen aspectos esenciales acerca de la experiencia falangista en el seno de la dictadura, pueden estar conduciéndonos sin pretenderlo a la banalización del partido, a interpretar su presencia como algo menor e irrelevante, casi anecdótico o marginal<sup>6</sup>. El segundo problema, en realidad matriz del primero, nace de la necesidad de ubicar a FET-JONS, una organización “históricamente variable”, en el

2. R. Griffin, *The Primacy of Culture. The Current Growth (or Manufacture) of Consensus within Fascist Studies*, en “Journal of Contemporary History”, 2002, n. 37, pp. 21-43; E. Gentile, *The Sacralisation of Politics: Definitions, Interpretations and Reflections on the Question of Secular Religion and Totalitarianism*, en M. Feldman, R. Griffin (eds.), *Fascism. Critical Concepts in Political Science*, vol. III, *Fascism and Culture*, London, Routledge, 2004, pp. 39-70.

3. G.L. Mosse, *Towards a General Theory of Fascism*, en Id. (ed.), *International Fascism. New Thoughts and New Approaches*, London, Sage, 1979, pp. 1-45; R. Griffin, *The Nature of Fascism*, New York, Palgrave Macmillan, 1991; Id. (ed.) *International Fascism. Theories, Causes and the New Consensus*, London, Arnold, 1998, y *Cruces gamadas y caminos bifurcados: las dinámicas fascistas del Tercer Reich*, en J.A. Mellón (ed.), *op. cit.*, pp. 103-157.

4. R. Griffin, *The Nature of Fascism...*, cit., pp. 120-121; I. Saz Campos, *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003, pp. 54-55.

5. F. Gallego, *La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo*, en Id., F. Morente (eds.), *Fascismo en España*, Barcelona, El Viejo Topo, 2005, p. 278.

6. Una buena llamada de atención en este sentido en J. Sanz Hoya, *FET-JONS en Cantabria y el papel del partido único en la dictadura franquista*, en “Ayer”, 2004, n. 54, pp. 281-303.

marco de una dictadura de tan larga duración. El desigual conocimiento que del partido tenemos, dependiendo de la cronología o la temática, introduce dificultades momentáneamente insuperables, pero aun así creo que es importante reflexionar sobre su razón de ser y de estar en la dictadura<sup>7</sup>.

El objetivo de este trabajo es por tanto contribuir a explicar la permanencia de un partido potencialmente fascista en el seno de un régimen político escasamente comprometido con sus ideales, como vía para hallar algunas de las claves de su auténtica significación. Importancia que, aunque no me afanaré aquí en demostrar, seguramente no nace de la eficacia con que desarrollaban algunas de las funciones que tenían encomendadas al materializarse a través de su estructura capilar. Como tampoco parece factible que pueda partir este reequilibrio, al menos a la luz de nuestros conocimientos actuales, de un cambio de paradigma en la consideración del partido al estilo de lo ocurrido con el PNF italiano<sup>8</sup>. Aquí, la subordinación del partido al Estado no fue una ficción retórica, ni pueden detectarse éxitos notables en una pretendida estrategia de expansión sobre el Estado o la sociedad<sup>9</sup>. El necesario esfuerzo por “devolver” a FET-JONS su justa relevancia en el seno de la dictadura, quizá no pueda escapar de esa realidad de fondo que a cada paso evidencia la diferencia entre los objetivos, los medios disponibles y los resultados finales de la acción del partido, pero creo que podemos incorporarla como parte de la complejidad que suele adornar cualquier análisis.

### 1. FET-JONS, pilar del poder personal del dictador

En 1937 Falange, que había dado sobradas muestras de adhesión y entusiasmo al tiempo que se convertía en la gran fuerza política en zona nacional, se convirtió en objetivo de Franco. No por casualidad le dijo a Hedilla «¿Sabe usted una cosa, Hedilla? Me he encargado una camisa azul»<sup>10</sup>. Eso fue exactamente lo que hizo, encargarse un partido, un partido que proporcionase consistencia popular y base política a un golpe militar y a una

7. J.M. Thomàs i Andreu, *Los estudios sobre las Falanges (FE de las JONS y FET y de las JONS): revisión historiográfica y perspectivas*, en “Ayer”, 2008, n. 71, pp. 293-318.

8. Frente a la teoría del *svuotamento* de R. De Felice, *Mussolini il fascista*, vol. II, *L'organizzazione dello Stato fascista*, Torino, Einaudi, 1995 (1968), p. 298; A. Aquarone, *L'organizzazione dello Stato totalitario*, Torino, Einaudi, 1995 (1965), p. 162 y A. Lyttelton, *La conquista del potere. Il fascismo dal 1919 al 1929*, Roma-Bari, Laterza, 1974, pp. 433-496, véase E. Gentile, *La via italiana al totalitarismo. Il partito e lo Stato nel regime fascista*, Roma, Carocci, 1995, pp. 77-78, 117-119, 134-135, 186.

9. E. Gentile, *El fascismo italiano*, en J.A. Mellón (ed.), *op. cit.*, p. 92.

10. M. García Venero, *Testimonio de Manuel Hedilla*, Barcelona, Acervo, 1972, p. 371.

cruda guerra civil. Frente a quienes debatían entre si debía confiarse exclusivamente al Ejército el control político de la sublevación o si podía confiarse en un partido de masas que pretendía refundar el sistema de relaciones sociales sobre bases de justicia social y fraternidad (populismo y demagogia), Franco parecía saber lo que quería:

Su concepto para orientar políticamente el movimiento es lo más claro, lógico y de sentido común. Tiene sobre sí la experiencia de don Miguel. Le teme a la dictadura militar a secas. Concibe un partido unido, intermedio, nacional, que dé base ciudadana al movimiento, integrando el estilo nuevo de la Falange y la sustancia eterna de la tradición. Lo elemental<sup>11</sup>.

Le llevó cuatro años modificar las hechuras de la prenda y ajustarla a su medida, pero después de 1941 ya dispuso de un soporte leal, y sobre todo propio, que oponer al resto de familias y proyectos. En la necesidad de poder contar con un amplio soporte cívico, dotado por tanto con una carga doctrinal genérica o flexible, e identificado al máximo con su figura y liderazgo personal, reside una de las claves explicativas de la longevidad de la organización y su relevancia en el compromiso forjador de la dictadura.

Basta imaginar, para darse cuenta de ello, la situación en que hubiera quedado el dictador sin la muleta del partido. Su primo y asistente, crítico con FET en muchos aspectos, supo entender esta relación en un año tan importante como 1956: «el día en que el Partido deje de existir o se decida a no apoyar a Franco, se queda en la situación de la dictadura de Primo de Rivera, que no tenía fuerza alguna para sostenerle y se desmoronó»<sup>12</sup>. Prácticamente cualquiera de los influyentes sectores que conformaban su régimen, llegado el momento, hubieran podido plantearse un futuro sin Franco. Situación que se tornaba improbable manteniendo al partido como centinela y en posición de inquebrantable lealtad personal. Falange actuó para Franco, especialmente en los delicados años centrales de la década de los Cuarenta, como un seguro político para evitar un desalojo prematuro y contra su voluntad de la jefatura del Estado. Licenciar la organización, tal y como pidió Serrano en 1945, hubiera dejado al dictador desprotegido, y a merced de cualquier solución que ya no podría arbitrar o vetar<sup>13</sup>.

Por tanto, y aunque la relación Franco-FET se suele analizar desde una asimetría utilitarista favorable al dictador, la necesidad era mutua y las

11. Conversación entre Franco y Pemán en Sevilla al poco de llegar el primero desde Tetuán, en A. Lazo, *Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército*, Madrid, Síntesis, 2008, p. 92.

12. F. Franco Salgado-Araujo, *Mis conversaciones privadas con Franco*, Barcelona, Planeta, 2005, pp. 209-210.

13. R. Serrano Suñer, *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 394-403.

prestaciones recíprocas. Con la abdicación del falangismo oficial<sup>14</sup> entre 1941 y 1942, los acontecimientos internacionales desatados a partir de 1943 convirtieron la situación del partido en extremadamente dependiente e incierta. Sin embargo, una parte importante de la fortaleza que podía esgrimir el dictador especialmente después de 1943, hacia dentro y hacia fuera, nacía directamente de la lealtad de “su” partido. Un partido que había dado las suficientes muestras de fanatismo, fiereza y capacidad en el pasado inmediato como para que nadie dudase de las amenazas que poco después lanzarían contra cualquier insinuación de subvertir el orden nacido de los campos de batalla. Llegado el caso, encontrarían a la masa falangista parapetada de nuevo tras la figura de su líder, ofreciendo a quien sopease transitarlo un sendero de cambio plagado de obstáculos:

Se equivocan pues los que más que en España tienen puesta su vista en el Extranjero para otear el más ligero cambio [...]. Ocurra lo que ocurra nadie podrá hacernos la más ligera presión, pues el sólo pensamiento de esto crispa nuestros nervios y un deseo de lucha a muerte se enciende en nuestros corazones. Nadie lo ha intentado ni nadie lo intentará, pero el simple anuncio de su posibilidad nos haría coger el fusil con solemne juramento de exterminio<sup>15</sup>.

Franco fue consciente de la necesidad de liderar y disponer de un movimiento de bases amplias más o menos organizado, y supo evaluar los riesgos que para el mantenimiento de su poder personal hubiera supuesto guiar esa misma organización por los senderos propuestos por los Ridruejo, Tovar, Salvador o el propio Serrano. No sólo ponían en riesgo la estabilidad del régimen forjado en la guerra, sino que, a medio plazo, también podían configurar un proyecto político autónomo capaz de prescindir de su liderazgo. Por todo ello, la avalancha de acontecimientos que se suceden entre mayo de 1941 y el verano de 1942 admite lecturas complementarias a la evidente derrota del falangismo teórico, o la búsqueda de equilibrios y contrapesos políticos. Hubo mucho de defección, protagonizada por los “budas” Girón, Arrese, los Primo de Rivera, etc. Y otro tanto de elección, la de una mayoría que frente al órdago de la minoría (solo dimitieron 9 jefes provinciales), prefirió que el partido se condujese por la vía de la flexibilidad dentro de un régimen de influencias compartidas, en un alarde de pragmatismo frente a la realidad de un líder poco decidido a ejercer de jefe fascista y a primarles con la hegemonía, una vez que ya habían asumido su

14. F. Morente Valero, *Hijos de un dios menor. La Falange después de José Antonio*, en F. Gallego, Id. (eds.), *op. cit.*, pp. 211-250.

15. Artículo del Jefe Provincial de Ciudad Real, José Gutiérrez Ortega, en el diario “Lanza”, 30 junio 1943, p. 1. Que el asunto no era mera retórica lo demuestra M.Á. Ruiz Carnicer en *Violencia, represión y adaptación. FET-JONS (1943-45)*, en “Historia Contemporánea”, 1997, n. 16, pp. 183-200.

liderazgo y entregado a cuenta su base de poder social. Ante lo irreversible de aquella situación, pocos eligieron el camino de la disidencia, iniciándose ahí un proceso de progresiva renuncia a parte de las señas de identidad política antes de que el contexto exterior les abocase a la autonegación<sup>16</sup>. Ridruejo lo entendió, como también que el precio no era tanto la extinción del falangismo («Puede haber algún enemigo menos en el gobierno, algún falangista más»<sup>17</sup>) como la renuncia consciente a la originalidad, la evolución hacia una nueva ortodoxia.

## 2. FET, sin la cojera de lo parcial

Aunque tantas veces se ha sugerido, Franco no fue el enterrador de FET-JONS. Él necesitaba o creía necesitar ese partido, de lo contrario oportunidades tuvo para liquidarlo. Los acontecimientos de 1941 le muestran que precisa de un mayor control sobre el aparato, y que éste adopte definitivamente una doctrina más flexible y circunstancial, leal y sin fisuras a su voluntad. Que el partido se identifique realmente con su exclusivo liderazgo, y que a cada paso busque su beneplácito<sup>18</sup>. Y eso es precisamente lo que le va a procurar Arrese, un control directo y personal de la organización; el mismo control que pretendía sobre todo su régimen y que le impidió durante años avanzar hacia su institucionalización.

En el discurso de unificación de 1937, Franco mostró su predilección porque su criatura política no fuera el resultado de una unión circunstancial, sino duradera, y que para ello renunciase a la rigidez del programa, por ser factor de exclusión y restar apoyos. Su propuesta era nítida. Que la ortopédica FET y de las JONS no fuera un partido político al uso, sino un movimiento social ideológicamente flexible capaz de rentabilizar los factores cohesivos y disolver las especificidades<sup>19</sup>. Franco buscó canalizar a través del “partido” el apoyo más amplio y unitario que fuera capaz de lograr en torno a su régimen y su persona. Para proporcionárselo, y en cuan-

16. Falange, como ha señalado Saz, transitó por el franquismo a la inversa de lo que marcaba su ideología, evolucionando, desde abril de 1937, desde lo fascista hasta lo *fascistizado*, ver Id., *Escila y Caribdis...*, cit., p. 187 y *Política en zona nacionalista*, en “Ayer”, 2003, n. 50, p. 80.

17. R. Serrano Suñer, *op. cit.*, pp. 368-370.

18. Se lo pidió Carrero a Franco en su primer informe sobre la situación de España, *Documentos Inéditos para la Historia del Generalísimo Franco*, tomo II, vol. 2, Madrid, FNFF, 1992, pp. 316-331, 25 de agosto de 1941.

19. F. Franco, *Palabras del Caudillo, 19 abril 1937-7 diciembre 1942*, Madrid, Editora Nacional, 1943, pp. 9-17: «El Movimiento que hoy nosotros conducimos es justamente esto: un movimiento más que un programa. Y como tal está en proceso de elaboración y sujeto a constante revisión y mejora [...]. No es cosa rígida ni estática, sino flexible».

to logró hacerse con el control de FET, Arrese no vaciló en proclamar que nada entero podían aspirar construir sobre «la cojera de lo parcial» que hasta ahora había representado el partido, y la necesidad de ensanchar su base para integrar a «todos los hombres que de buena fe quieran ponerse al servicio de la Revolución», renunciando a pretendidas autenticidades<sup>20</sup>. Ese es Arrese, pero también es quien puso orden en un partido sumido en el caos, y consolidó su posición en la estructura de poder franquista<sup>21</sup>.

El escenario de aquel discurso fue el primer, y último, Consejo Nacional de Jefes Provinciales de FET-JONS de finales de 1943, una prueba, como bien señala Thomàs i Andreu, del control y el poder de Arrese sobre el partido, y de la confianza que Franco le tenía. «Franco ha dicho que la culpa de muchas cosas que nos suceden está en los que han querido hacer de nuestra Falange un partido político, porque nada verdaderamente entero se puede levantar sobre la cojera de lo parcial». Elucubración que conducía a la nueva consideración, la que perdurará, de FET como Movimiento, como paraguas «con sus filas abiertas a todas las sugerencias y a todas las voluntades limpias». Aspiraban a ser la «única informadora de lo político [...] única expresión política de España» pero abonándose a una línea más trascendente y espiritual «libre de toda significación partidista». Porque Falange, «para ser el único cauce de la política española, tiene que ser tan ancha» que quepan en ella todos los hombres, iniciativas u orientaciones «que en nada ataquen los principios doctrinales del Movimiento»<sup>22</sup>.

El partido evolucionaba desde el fanatismo revolucionario de los primeros tiempos hacia la laxitud del “movimiento” cívico, con la mirada puesta en la unión de muchos en torno a principios muy básicos, como garantía cierta de un futuro sin penetraciones marxistas y liberales. “Movimiento” entendido como «la comunión de voluntades y afanes entre los mejores españoles para conseguir, en torno a conceptos fundamentales y virtudes permanentes, una auténtica comunidad nacional al servicio de Dios y de España», una «suprema institución cívica» que comunica al pueblo con el Jefe del Estado y «que sea inspirador de éste» pero sin superarlo, interferirlo, o sostenerlo<sup>23</sup>. Son bien conocidos los pecados originales

20. Véase también su discurso de toma de posesión en mayo de 1941, J.L. de Arrese, *Escritos y discursos*, Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1943, pp. 91-95. Sobre su eclecticismo ideológico, Id., *La revolución social del nacional-sindicalismo*, Madrid, Editora Nacional, 1942, pp. 35, 41, 42, etc.

21. A. Cazorla Sánchez, *Las políticas de la victoria*, Madrid, Marcial Pons, 2000, pp. 25-43.

22. “La Vanguardia”, 14 diciembre 1943, pp. 2-4.

23. *Conclusiones del Primer Consejo Nacional de Jefes Provinciales*, Madrid, Vicesecretaría de Educación Popular, 1944, pp. 10 y 15. Por la circular de 31 de marzo de 1944 del Delegado Nacional de Provincias, Sancho Dávila, se informó a los Jefes Provinciales

acumulados desde 1936 que el régimen y su partido han de hacerse disculpar en 1945, pero eso no debe ocultarnos el proyecto político que el dictador intentó construir transformando parcialmente la base que logró generar el *shirt movement* azul y que adoptó como propia. Esa transformación buscaba generar el mayor consenso posible en torno al régimen surgido de la guerra y el espíritu del 18 de julio, momento en el que todos, sin distinción de proyectos o colores, decidieron enfrentarse al enemigo común, la democracia inorgánica y la izquierda. Solo su desunión, por efecto de una política de miras cortas, podría abrirles las puertas de nuevo en España. De ahí que Franco se posicionase a favor de capitalizar un movimiento de masas amplio, con un contorno ideológico incluyente, que trascendiese, sin anularlas, las fronteras del falangismo. En cierta forma lo que se hace es canonizar la realidad de la fusión de 1937 y la eliminación del punto 27. Se busca la unidad en el partido esquivando la naturaleza excluyente del nacional-sindicalismo y tratando de desembocar en un modelo de confluencia de ideologías como pudo ser la Unión Patriótica (UP), con la diferencia de que el legado político e ideológico de la unificación habilitaba a FET para el liderazgo de aquella pretendida unidad en la pluralidad<sup>24</sup>. Esta es una cuestión importante porque el predominio falangista sobre el Movimiento, o la percepción del mismo como coto falangista, dificultarían la identificación con la organización del resto de tendencias.

Esa es una parte sustancial de la nueva ortodoxia falangista que Arrese construye para Franco, y que los jefes provinciales van a hacer suya durante su primer y último congreso. Una ortodoxia que quizá no beneficiaba la singularidad política falangista, que abría la puerta a que otros sectores intentasen reducirla a mera corriente, y que incluso amenazaba con arruinar su condición de organización, pero le confiaba funciones centrales de salvaguarda del régimen dentro de ese marco genérico de adhesión que pretendía configurar el “movimiento”, pues quedaba llamado a ser un factor de unidad en torno al dictador y su régimen, y el vehículo transmisor de la adhesión popular que ambos pudieran concitar. Algunas de estas cuestiones conviene tenerlas en cuenta tanto para valorar el rol falangista en el nuevo régimen, como los límites y características del “monopolio” del partido-movimiento sobre el poder local<sup>25</sup>. Como conviene también tener muy

de que para referirse a «nuestra Organización, ha de emplearse el término Movimiento, procurando eludir en lo posible el de Partido», Archivo General de la Administración (en adelante AGA), *Presidencia* (en adelante *PRES*), *Secretaría General del Movimiento* (en adelante *SGM*), *Delegación Nacional de Provincias* (en adelante *DNP*), 51/20739.

24. I. Fernández Sarasola, *Los partidos políticos en el pensamiento español*, Madrid, Marcial Pons, 2009, pp. 283-312 y 229-244.

25. Véase la circular confidencial número 174 (AGA, *SGM*, *DNP*, 51/20739) del vicesecretario general, Rodrigo Vivar Téllez, de 22 de agosto de 1945, por la que abría de par



en cuenta que el hombre “que no se metía en política”, era muy consciente de los riesgos de un régimen carente de un instrumento político. Miguel Primo de Rivera azotaba su imaginación<sup>26</sup>. Su política la ponía Falange, como organización, no sólo como etérea comunión, y diluirla completamente equivalía a abrir un vacío bajo sus pies, una fisura por la que podría penetrar cualquier cosa. Por eso y a pesar de que el partido se había mostrado incapaz para asimilar bajo su inalterable unidad lo que de asimilable hubiera en los demás, y a disolver lo inadmisibile (Ridruejo *dixit*), ese nuevo falangismo de poltrona e ideológicamente variable, cuando no contradictorio, va a constituir el núcleo del “Movimiento”, su nutriente esencial y su fachada más reconocible. El Movimiento trascendía el falangismo, pero éste era su motor y una garantía irrenunciable para la continuidad del régimen<sup>27</sup>. Esta contradicción entre el Movimiento integrador y su control por el falangismo, no redundó en beneficio de la unidad interna del régimen, pero cuando ese problema se muestre con toda su crudeza, el partido ya estaría asentado firmemente y rindiendo servicios irrenunciables y prácticamente insustituibles para el régimen.

Uno de los más importantes sin duda fue su colaboración a la consecución para el régimen de una periferia político-administrativa leal, actuando como filtro y oficina de reclutamiento del personal político necesario. Unos cuadros que, a pesar de las reducciones introducidas, continuaban siendo notables en número. Sirva como ejemplo que en 1951 el franquismo designó a 9.005 alcaldes y 54.089 concejales en toda España. Aproximadamente el 30% de todos ellos no pertenecían a FET, pero el partido aseguró que podía fiarse plenamente del 70% de los concejales y del 84% de los alcaldes que habían designado<sup>28</sup>. Ese era un cometido crucial, antes con las comisiones de nombramiento y cese discrecional, y después, con más motivo, con la elección orgánica que obligaba a tener relevos frescos cada tres años. Porque, a diferencia de lo que pueda pensarse, la circulación de los cuadros políticos intermedios fue un hecho en la dictadura, y las falanges locales y provinciales asumieron la no siempre sencilla tarea de hallar cantera política para los relevos, y ampliar así la base política del régimen y su Movimiento. Y lo cierto es que no hicieron mal ese trabajo porque si prácticamente en cualquier lugar encontramos opositores infil-

en par las puertas a la participación en el poder local de personas «no identificadas en aspectos secundarios con nuestra Falange».

26. I. Saz Campos, *Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos enfrentados*, en “Ayer”, 2007, n. 68, p. 152.

27. Para Arrese (*Escritos y discursos...*, cit., pp. 142-147), el Movimiento era la idea, el denominador común, el sustrato inalterable, mientras la Falange sería el cauce para desarrollar esa idea, no cabía por tanto la confusión entre partido y Movimiento.

28. AGA, *PRES, SGM, DNP*, caja 317.

trados en el aparato sindical, en los consistorios o diputaciones fue algo excepcional<sup>29</sup>. Ese control suele pasar desapercibido pero fue fundamental durante toda la dictadura<sup>30</sup>, y no sólo por lo que al conjunto del régimen interesaba, sino porque fue una base fundamental del poder del partido. Si a la potestad de la estructura capilar del partido para configurar las ternas de cooptables, unimos la influencia de la Secretaría general del Movimiento (SGM) para la designación de los gobernadores civiles en función de la doble lealtad al gobierno y al partido por su condición de jefe provincial del Movimiento, el resultado fue bastante favorable para FET-Movimiento, que logró configurar una extensa y exclusiva red clientelar cimentada sobre su capacidad para influir en la designación de la clase política de la administración periférica, que se completaba con la propia estructura sindical, ambas con traducción en asientos en Cortes. Esa era una porción de poder fundamental para participar del control del régimen, y el partido supo conservarla dificultando cualquier acción para su amortización. El control sobre toda esa ingente masa política y social acumulada (y no sólo sobre sus propios funcionarios, a los que sí se ha solido aludir<sup>31</sup>) jugó a favor de su supervivencia. Seguramente si la tecnocracia, en su pugna por el control del régimen, no consiguió acabar con FET-Movimiento fue en parte porque nadie, salvo los falangistas, disponía de una base social amplia, y de una red clientelar<sup>32</sup>. De hecho, López Rodó supo de las dificultades que para el predominio del proyecto de régimen que lideraba Presidencia suponía carecer de una red de apoyo en provincias como la que disfrutaba Solís, aunque fuera en asimétrico entendimiento con Gobernación. Por ello intentó, sin mucho éxito, minar el ascendente falangista sobre la designación de gobernadores. La idea de Presidencia era que tenía que ser posible

29. En Villamalea (Albacete), la única fuente de poder que escapó al control de la oposición comunista fue el ayuntamiento, ver Ó. Martín García, *A tientas con la democracia. Movilización, actitudes y cambio en la provincia de Albacete, 1966-1977*, Madrid, La Catarata, 2008, pp. 81-95.

30. Para comprender esos procesos son reveladoras las instrucciones reservadas y los informes de incidencias; los de 1948, 1954 ó 1956 están en AGA, *PRES, SGM, DNP*, cajas 321 y 304.

31. J. Tusell, *La dictadura de Franco*, Madrid, Alianza, 1996, p. 209.

32. Estructuras que resistirían la reforma electoral de la ley de régimen local de noviembre de 1975 (con la oposición de la burocracia sindical) contenida en los planes de apertura del primer gobierno Arias, de tal forma que fueron utilizadas por Suárez y la UCD, en beneficio propio, como elementos básicos de organización electoral en 1977 y 1979. P. Preston, *El triunfo de la democracia en España*, Barcelona, Grijalbo, 2001, pp. 193-194; R. Martín Villa, *Al servicio del Estado*, Barcelona, Planeta, 1985, p. 78; M. Marín i Corbera, *Els ajuntaments franquistes a Catalunya*, Lleida, Pagès, 2000, pp. 457-458; Ó. Martín García, *Albacete en Transición. El ayuntamiento y el cambio político, 1970-1979*, Albacete, IEA, 2006.

servir al Movimiento sin someterse a FET. La respuesta de Franco fue que no debían nombrarse gobernadores enemigos del partido<sup>33</sup>.

Sin perder de vista otro tipo de fortalezas claramente identificables para el partido durante los difíciles años Cuarenta y Cincuenta, o la determinación de sostener un proyecto propio de nacionalización<sup>34</sup>, otra de las aportaciones del falangismo al régimen y al Movimiento, radicó en los fundamentos sociales de su discurso. En ese punto, y con la Falange-Movimiento como intermediario, el jefe del Estado entraba en contacto directo con los anhelos y las necesidades del pueblo. La coartada social y propagandista que el falangismo proporciona al régimen se origina en la mutilación del concepto revolución, que en la nueva ortodoxia desarrollada por Arrese se vincula al reconocimiento de la existencia de un grave problema social en España y su combate como prioridad, más retórica que real. En este punto cabría tener en cuenta el punto de contacto de la dictadura con la modernidad que representa la cultura política fascista, y la generación de políticas activas de «captación de las masas para convertirlas, de pasivas beneficiarias de nuestras leyes sociales, en colaboradoras interesadas, entusiastas y en defensoras de nuestros principios»<sup>35</sup>. Pero el falangismo representa la revolución sin revolucionarios, la renuncia a subvertir el orden económico y social. Así, y entre otros argumentos, justificó la necesidad de políticas sociales como la mejor garantía para la perdurabilidad de unas relaciones económicas y sociales que en otro tiempo había deseado refundar<sup>36</sup>. Pero al margen del cambio de discurso, el falangismo proporcionó a Franco una coartada social que, bien gestionada por la propaganda, constituiría con el tiempo una importante base de legitimidad. Como señala Penella, en el discurso social se jugaba «la justificación moral de la guerra» y la «bondad de las intenciones que motivaron el golpe de 1936», sin ese res-

33. F. Franco Salgado-Araujo, *op. cit.*, pp. 461-462 (3 octubre 1962), y 485 (17 enero 1963), y P. Hispán Iglesias, *La política en el régimen de Franco entre 1957 y 1969: proyectos, conflictos y luchas por el poder*, Madrid, CEPC, 2006, pp. 134, 167 y 226. El estatuto de funcionarios que López Rodó trató de sacar adelante desde 1961 pretendía que Presidencia, a través del control de los funcionarios del Estado, acumulase un poder similar al que podía esgrimir Solís con sus Sindicatos.

34. I. Saz Campos, *Mucho más que crisis políticas...*, cit., pp. 137-163. Sobre las fortalezas, M.Á. Ruiz Carnicer, *La vieja savia del régimen. Cultura y práctica política de Falange*, en A. Mateos (ed.), *La España de los cincuenta*, Madrid, Eneida, 2008, pp. 281-284 y S.G. Payne, *Franco y José Antonio. El extraño caso del fascismo español*, Barcelona, Planeta, 1997, p. 610.

35. Circular 174 del vicesecretario general Vivar Téllez, 22 de agosto de 1945, en AGA, SGM, DNP, 51/20739; C. Molinero, *La captación de las masas. Política social y propaganda en el régimen franquista*, Barcelona, Cátedra, 2005.

36. Véase, por todos, el discurso de Arrese ante sus jefes provinciales, “La Vanguardia”, 14 diciembre 1943, pp. 2-4.

coldo de falangismo «todo podía entenderse como una brutal acometida para revertir el curso de la historia»<sup>37</sup>.

La vuelta de la Secretaría general al Consejo de Ministros en 1948 marcó el inicio de la recuperación del protagonismo falangista, que culminaría con la celebración, en octubre de 1953, del primer y único Congreso Nacional de FET-JONS. Un congreso inédito que reflejaba la centralidad que el partido-Movimiento conservaba para el “caudillo” justo cuando Occidente comenzaba a admitirlos tal y como eran. Frente a quienes consideraban que la hora del partido estaba periclitada, Franco lo situó como símbolo de la unidad de su régimen, y «aglutinante de la conciencia cívica española». La unidad era una de las obsesiones del dictador, y en el partido creía tener el ancla para conservarla en la medida que le proporcionaba el amplio «movimiento de masas que la política moderna entraña» y una doctrina política capaz de hacer confluír «los mejores anhelos de todos los sectores de la sociedad española» o por lo menos permitir coincidencias básicas, además de servirle, y basta leer el documento de conclusiones, como baluarte contra cualquier intento de fracturar la unidad tejida en la victoria<sup>38</sup>. El pacto sellado justo una década antes quedaba renovado<sup>39</sup>. Del discurso de Fernández Cuesta se desprenden otras cuestiones interesantes: el auténtico éxito de Falange era su propia supervivencia, su adaptación a los tiempos. La gran victoria del falangismo era continuar activo políticamente en 1953, y sus renuncias una lección de responsabilidad.

Justo cuando el régimen se disponía a encarar una de sus etapas más decisivas, aquella que debía conducir a la articulación institucional de esa pretendida unidad, FET-Movimiento hacía público su regreso y proclamaba la «hora de la recuperación». Los proyectos de leyes fundamentales de Arrese en 1956 fueron un intento por sacar a la dictadura de la indefinición política en la que llevaba instalada desde hacía más de una década, convirtiendo los órganos supremos de la Falange, inéditos hasta la fecha, en el centro de la vida política de la nación. ¿Fue un proyecto de “refalangización”? Es factible pensar, como Ruiz Carnicer, que a esas alturas ya no, aunque de haber triunfado el resultado se hubiera aproximado a una dictadura de partido único<sup>40</sup>. Lo que aquel proyecto sí escondía era un intento por recuperar la unidad del falangismo después de los acontecimientos que costaron el puesto a Fernández Cuesta y Ruiz Giménez, ofreciendo a la organización lo único que la mantenía realmente unida: seguras parcelas de

37. M. Penella, *La Falange Teórica*, Barcelona, Planeta, 2006, pp. 424-425.

38. Véanse los discursos de Fernández Cuesta y Franco en la clausura del I Congreso Nacional de FET-JONS, “La Vanguardia”, 29 y 31 octubre 1953, pp. 4 y 5; también F. Franco Salgado-Araujo, *op. cit.*, p. 370.

39. *Conclusiones del Primer Consejo Nacional*, *op. cit.*, p. 82.

40. M.Á. Ruiz Carnicer, *op. cit.*, p. 291.

poder frente a las incertidumbres que a muchos planteaba un futuro monárquico y sin Franco. Eso está también en el fondo de la propuesta de institucionalización de Arrese. Fue rechazada por Franco y tachada de exclusivista por sus rivales, lanzando al régimen por una pendiente marcada hasta el final por la confrontación interna, en la que ni Carrero ni Presidencia, firmes defensores de un régimen dirigido sin interferencias por el gobierno, conseguirían clausurar la capacidad de resistencia y el ansia de supervivencia adaptativa del falangismo.

### 3. *La resurrección de la política*

No puedo dejar de conceder un lugar central en mis explicaciones a la acumulación de derrotas que protagonizó la Falange-Movimiento. A la política de 1945 hay que unir la gran batalla cultural librada entre 1948 y 1956, para terminar superada de nuevo por la “utopía reaccionaria” que representaba el Opus Dei<sup>41</sup>. Sin embargo, la magnitud de aquellos acontecimientos, salvo en contadas excepciones, nos ha impedido detenernos en los esfuerzos que va dirigir la cúpula del Movimiento para sobrevivir, revitalizarse y adaptarse a una sociedad en cambio. Esos esfuerzos, incubados en seno del Consejo Nacional del Movimiento (CNM) resucitado por Arrese y Solís<sup>42</sup>, nos revelan una Falange-Movimiento que, lejos de sucumbir ante los proyectos de anulación y sometimiento defendidos por López Rodó y Carrero Blanco, se va a convertir en el animador político interno de toda la fase final de la dictadura. Situados ambos sectores en las antípodas de un aperturismo homologable a apoyar el tránsito hacia una democracia liberal, pugnaron por desarrollar proyectos bien diferenciados y pensados para garantizar la durabilidad del sistema inaugurado en 1936, necesitado, por el tiempo transcurrido y los cambios económicos y sociales, de una segunda legitimidad. Para el falangismo la vía del Estado-administrador, la despolitización, el crepúsculo de las ideologías y la “libertad” de los 800 dólares de renta per cápita, resultaba mortal de necesidad. Su apuesta para el futuro pasaba por insuflar vida al Movimiento impulsando la representatividad de sectores amplios de la sociedad a través de sus estructuras. Si las opciones pasaban por un régimen con o sin base política, Franco demostró tenerlo tan claro como en 1945: no confiaba que un mero Estado-gestor pudiera garantizar la continuidad de su régimen<sup>43</sup>.

41. S. Juliá, *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, pp. 355-407; I. Saz Campos, *España contra España...*, cit., pp. 379 y ss.

42. C. Molinero, P. Ysàs, *La anatomía del franquismo. De la supervivencia a la agonía, 1945-1977*, Barcelona, Crítica, 2008.

43. P. Hispán Iglesias, *op. cit.*, p. 405.

Es verdad que tuvo que transcurrir casi una década preñada de pugnas, y por medio la promulgación de los asépticos Principios Fundamentales del Movimiento Nacional<sup>44</sup> (PFM), y la Ley de Régimen Jurídico de la Administración del Estado, que blindaba al gobierno de las hipotéticas intromisiones que pudiera causar la estructura del Movimiento. Pero en 1967, en un momento de gran importancia para el diseño del futuro de una dictadura en descomposición interna, y de serias transformaciones socio-económicas, nadie pudo evitar la “resurrección” de la política en la Ley Orgánica del Estado (10 de enero) y en la también orgánica, aunque no fundamental, del Movimiento y su Consejo Nacional (28 de junio) que consagraban, por fin, la institucionalización del régimen, y con él, y esto es lo importante, la continuidad de la estructura organizativa del Movimiento-FET. Tras el golpe que supusieron los PFM, una parte importante del impulso institucionalizador partió de la SGM, inquieta por la ausencia de horizontes definidos para afrontar su continuidad y la del propio régimen, tras la desaparición del dictador<sup>45</sup>. Así, y desde 1963, el CNM debatió fórmulas para evolucionar, actualizar y asegurarse un lugar en el futuro de la vida política del país sobre la base más representativa tolerable por su antiliberalismo forjado en el 18 de julio. Por esa vía, entendía, podían ganar terreno a Presidencia, porque «una acción puramente administrativa, aunque suponga el máximo acierto, puede no tener un sentido político de representatividad, puede no conseguir la implicación del pueblo si en su planteamiento y ejecución el pueblo estuvo al margen»<sup>46</sup>. La FET-Movimiento planteaba su alternativa al control directo promovido por Presidencia. Ese modelo tenía unos contornos precisos, los valores y principios autoconfirmados en 1958, de los cuales se erigían en intérpretes una minoría selecta en torno a una estructura política única, pero más flexible, en la que se consideraba deseable la participación de la sociedad. A esta forma de unir la sociedad con el Movimiento, la denominaron “democracia social”, significativo concepto para designar un mecanismo perpetuador de la dictadura. Todo pasaba por convertir al Movimiento, en un nuevo contexto de flexibilización para buscar mayores dosis de apoyo popular, en el único cauce posible para la participación y la repre-

44. Cuya herencia falangista es discutible, como también lo es que 1958 marque la conversión del partido en movimiento, cuando ese era un camino que venía recorriéndose, lentamente y para no terminar jamás de culminar del todo, desde 1937. Diferentes opiniones sobre los PFM en S.G. Payne, *op. cit.*, pp. 630-648; C. Molinero, P. Ysàs, *op. cit.*, p. 38; J.M. Thomàs i Andreu, *La configuración del franquismo. El partido y las instituciones*, en “Ayer”, 1999, n. 33, p. 60; o F. Morente Valero, *op. cit.*, p. 226.

45. Es paradigmático el artículo firmado por R. Calvo Serer en el “ABC” de 20 julio 1963, p. 3, significativamente titulado *La sucesión del General De Gaulle*.

46. P. Hispán Iglesias, *op. cit.*, p. 290, citando la subponencia de Emilio Romero, Licio de la Fuente y Francisco Labadía en el X Consejo Nacional, *Esquema para el estudio de una democracia social*, de 26 de junio de 1963.

sentación política. El único problema era la insalvable contradicción que encerraba la propuesta, ¿cómo atender la pluralidad, el sano contraste de pareceres, desde estructuras unitarias?

Carrero logró que el Movimiento-FET no superase la condición de “comunidad” en la ley fundamental, frente a los deseos manifestados en los proyectos del partido de ser además una “institución” entre la sociedad y el Estado, para la defensa de los PFM y la promoción de la representatividad, y una “organización” para el servicio de la doctrina política y el impulso de la actividad del Estado<sup>47</sup>. Sin embargo la institucionalización del CNM en esta misma ley le concedió un protagonismo sin precedentes. Aun sin atribuciones sobre el gobierno, se le encargó velar porque las leyes y disposiciones se acomodasen a los principios fundamentales, lo que el falangismo aprovechó para utilizar el CNM a modo de “cámara alta”. La certificación de la estructura a través de la cual venía actuando y continuaría haciéndolo el Movimiento, se produciría por la orgánica del Movimiento, de modo que quienes pretendían reducir el Movimiento a una mera “comunidad” sin influencia en la vida política, no ganaban. Y además le quedaban adjudicadas competencias que pronto resultarían de importancia: promover y encauzar, en la fidelidad a los PFM, la acción y la participación política de los españoles, que se desarrollaría, única y exclusivamente, en el seno de las organizaciones del Movimiento. La sociedad y el Estado quedaban conectados por el Movimiento, conjurándose, teóricamente, los riesgos del vacío político, cuestión que Solís había utilizado delante de Franco. No obstante, lo que se evitaba realmente con el reconocimiento institucional del Movimiento-FET y sus responsabilidades en la promoción de la vida política, era avanzar en su desaparición formal como estructura de poder.

A este relativo “éxito” debe enfrentarse el cosechado por López Rodó, que logró controlar bajo el paraguas gubernamental al Consejo Nacional. Presidencia no cedió por esa vía, pues si no se producía un control del Movimiento por el presidente del gobierno, el Ministro-Secretario dispondría de una cuota de poder independiente del resto del gobierno, precisamente el objetivo de Solís, y el centro de toda la pugna entre Presidencia y el Movimiento. Solís lograba institucionalizar la organización, al precio de no ganar en su independencia. En el decisivo proceso de institucionalización del régimen, Solís pretendió asegurar el futuro de las parcelas de poder acumuladas por el partido-Movimiento, desligándolas de las posibles decisiones que pudiera tomar el gobierno. Para Carrero y López Rodó, sin embargo, el Movimiento no podía concebirse más que como una coalición de

47. Véase el proyecto de Ley Orgánica del Movimiento aprobado por el Consejo Nacional el 7 de abril de 1965: *ivi*, p. 365.

leales al servicio de lo que en cada momento designase el gobierno; para ellos sólo existía el ejecutivo y luego la Corona, el resto tenía difícil encaje. En ese punto es dónde entendemos las maniobras y ofensivas políticas de un Solís pragmático y realista para mantener vigente y garantizar el futuro de la cuota de poder del partido-Movimiento.

Pocos meses después de promulgar las leyes orgánicas del Estado y del Movimiento, Franco, con motivo de la inauguración del XI Consejo Nacional, expresó públicamente y con nitidez su voluntad de no renunciar a la política, entendiéndolo por tal cosa la defensa unitaria de los principios proclamados y que consideraba comunes, cuya custodia detentaba en exclusiva el Movimiento. A su progresivo debilitamiento físico oponía, como símbolo de la supervivencia del régimen, la comunión en valores e ideas sobre una legitimidad nueva o reforzada que debía partir del convencimiento popular. Eso, entendía, sólo podía proporcionarlo el Movimiento, no los técnicos.

Sé que no faltan quienes [...] proclaman que cuanto hoy importa es exclusivamente el dominio de las técnicas, pues sólo ellas hacen posible la conquista del bienestar [...]. Pero es también incuestionable, y así lo hemos proclamado siempre [...] que la continuidad y eficacia de los sistemas políticos está en función de la adhesión sincera de las nuevas y sucesivas generaciones y esto depende de los estímulos y perspectivas que abran con sus doctrinas y con sus conductas. La adhesión de los pueblos se gana con la belleza de las ideas y de su educación [...] y no sólo con el ritmo de la máquina<sup>48</sup>.

Señaló también que «Es imperativo el que nuestras instituciones estén en todo momento asistidas y respaldadas por el pueblo» y que

En los tiempos que vivimos no es posible el debilitamiento político. No cabe el desarme. Él enemigo no reposa. [...]. Ante esos propósitos se hace cada día más necesaria la existencia vigilante de un Movimiento político que, construido sobre los principios proclamados, que nos son comunes, mantenga el fuego sagrado de nuestra independencia; [...] Todo lo que no anima la política acaba en rigidez y en abandono; sólo cuando la ilumina un ideario, la acción se hace dinámica y eficaz.

Todo un formidable alegato favorable a la supervivencia del Movimiento-FET, al que concibe como el instrumento capaz de que los PFM trasciendan del espíritu de la ley y la letra hasta llegar a la calle, para su cumplimiento y evitar su desnaturalización. También se mostraba favorable a que fuese el Movimiento quien estableciese los cauces de la participación ordenada del pueblo en la vida política en sano «contraste de pare-

48. *El Jefe del Estado inauguró ayer el XI Consejo Nacional del Movimiento*, “La Vanguardia Española”, 29 noviembre 1967, p. 6.



ceres», en suprema demostración de que su régimen no combatía la democracia, «sino que la realiza».

Al Movimiento le quedaban asignadas dos misiones esenciales, respetar y hacer respetar el espíritu y la letra de los PFM, lo que en cierta forma le convertía en reproductor de viejas ideas adaptadas a los nuevos tiempos (incluidos residuos fascistas); y construir una nueva legitimidad para el régimen basada en la «ordenada representación» de la sociedad en las instituciones. En este sentido creo que puede compartirse la opinión de quienes han revisado la etiqueta de “inmovilistas” para referirse al Movimiento. Un adjetivo que cobra sentido si se utiliza, como hasta ahora, para indicar su nula voluntad de transformar la dictadura en un régimen democrático liberal, pero no recoge los esfuerzos de la formación para evolucionar la dictadura bajo nuevas (y restrictivas) fórmulas de representación y el amparo de las leyes. Con el aval del dictador y una mínima cobertura legal, el Movimiento va a diseñar su propio proyecto de futuro, que en el fondo recogía la vieja ambición falangista de construir un régimen inédito a medio camino entre el socialismo y el liberalismo, y una concepción restrictiva de la representación y la libertad. Básicamente ese proyecto de revitalización interna y de nueva legitimidad tuvo dos elementos básicos: los intentos de reforma de la OSE protagonizados por Solís Ruiz<sup>49</sup>, y las asociaciones políticas. En cierta forma ambos acabarían siendo también la respuesta del Movimiento-FET a las sucesivas negativas a asumir los proyectos de fortalecimiento de la organización.

Prácticamente desde su nombramiento en 1951 como Delegado nacional de sindicatos, aunque especialmente a raíz de convertirse en uno de los ministros más importantes del gobierno, no lo olvidemos, al acumular la Secretaría general del Movimiento y la jefatura sindical (1957), Solís trabajó por el fortalecimiento y la independencia sindical con la vista puesta en el mantenimiento de la cuota de poder de FET-Movimiento en el seno del régimen. Su proyecto, el «acelerón sindicalista»<sup>50</sup>, pretendía, utilizando como coartada las dificultades generadas por la nueva política económica liberalizadora, y apoyándose en una intensa ofensiva propagandística basada en la utilización demagógica del discurso social, ganar para el Movimiento-FET el calor de la masa. El objetivo era construir una nueva legitimidad para el régimen y para sí mismos, basada en un desarrollo económico con traducción inmediata en mejoras sensibles del bienestar social, pero también por la vía de la representatividad de sectores amplios dentro de unas estructuras sindicales más independientes, flexibles y horizonta-

49. Quizá injustamente estereotipado por la caricatura que de él realizó J.A. Girón de Velasco, *Si la memoria no me falla*, Barcelona, Planeta, 1994, p. 173.

50. À. Amaya Quer, *El ‘acelerón sindicalista’ y sus contradicciones internas: imagen y realidad en la propaganda de la OSE, 1957-1969*, en “Ayer”, 2009, n. 76, pp. 269-290.

les. Solís intenta mantener y renovar el falangismo “sindicalizándolo”, porque el sindicato, además de ser una estructura de poder enorme y exclusiva, y una plataforma para la actuación política como no había otra en España, permitía eludir parcialmente el peso de rechazo que Falange despertaba en parte del cuerpo social. Sin olvidarnos que su “democracia sindical” fue también un intento de respuesta a la presión de los trabajadores. El sindicalismo participativo aspiraba a encauzar la protesta y a dejar sin argumentos al antifranquismo, y de paso lograr el reconocimiento de la Organización Internacional del Trabajo<sup>51</sup>. Para Solís, que había apoyado la “ley Fraga” de prensa e imprenta, el que emergiese una cierta contestación sería automáticamente rentabilizado en forma de prestigio e imagen, en este caso, sindical.

El proyecto de Solís de hacer del mastodonte sindical un órgano independiente de la SGM y del gobierno, representativo de los trabajadores, más horizontal y más social, y con peso en la dirección de la política económica, disparó todas las alarmas del gobierno, hasta el punto de que determinaría su salida del mismo en 1969 y la consiguiente congelación y desnaturalización final de su propuesta en la ley de 1971. Conocemos razonablemente la gran preocupación que despertaron en Carrero las intenciones de Solís, hasta el punto de considerarlas como la principal amenaza para la estabilidad del régimen a través de la apertura de nuevos e inciertos cauces de participación, que la experiencia de las elecciones sindicales de 1963 y 1966 desaconsejaban, pero sobre todo porque introducían un desequilibrio interno de poder favorable a la OSE que rompía el principio de unidad de mando en el gobierno<sup>52</sup>. Con el inicio del mes octubre de 1969, Solís sacó adelante el proyecto en Consejo de Ministros y lo envió a Cortes dispuesto a pagar el peaje de la dependencia de Presidencia. Pero con el escándalo “Matesa” flotando en el ambiente, Solís veía factible revocar las concesiones a Presidencia si conseguía triunfar en la crisis interna. Carrero, por su parte, era conecedor de que Solís movilizaría todos los recursos de la SGM y la Delegación nacional de sindicatos para plantar una dura batalla en Cortes. Le bastaba con leer la prensa. Desde diarios como “Pueblo”, se criticaba sistemáticamente al gobierno por sus recortes y reticencias, llegando a utilizar un duro informe de la OIT (18 de septiembre de 1969) contra el sindicalismo español, para legitimar el proyecto de un sindicalismo independiente. Para quebrar cualquier posibilidad de un desbordamiento del gobierno en Cortes<sup>53</sup>, Carrero desató la crisis de gobierno que

51. A. Mateos, *La denuncia del Sindicato Vertical*, Madrid, CES, 1997.

52. J. Tusell, *Carrero*, Madrid, Temas de Hoy, 1993, pp. 347-354; C. Molinero, P. Ysàs, *op. cit.*, pp. 95-107.

53. P. Hispán Iglesias, *op. cit.*, pp. 605-606.

acabaría con Solís, y con el trámite de la ley sindical en manos de Torcuato Fernández Miranda (monárquico, y con un concepto del Movimiento más próximo al de Carrero, quien lo hizo vicepresidente) como Secretario general, y de Emilio García Ramal (más en la órbita de Rodó) como nuevo ministro de relaciones sindicales<sup>54</sup>.

El hecho de que el proyecto de Solís topase con poderosos enemigos internos poco proclives a que el gobierno cediese el control de los sindicatos, el descrédito profundo que los mismos tenían entre los trabajadores, o su fracaso final, no nos debe ocultar la realidad de un Movimiento que, aunque arrastraba debilidades, fracasos y un incontenible deterioro, había logrado continuar siendo una pieza esencial en el engranaje de la dictadura, y con posibilidades de influir en los caminos a desbrozar para el futuro. Con los proyectos sindical y asociativo, Solís, pragmático y poco pendiente de la tradición, configuró una alternativa a Presidencia, y para ello le bastó un control cabal, pero nada sencillo, sobre la estructura del partido-Movimiento.

El proyecto de refundación de la dictadura que Solís aspiraba a colocar de una vez por todas bajo la protección del Movimiento-FET, unía al proyecto de sindicalismo participativo, la apertura del asociacionismo político<sup>55</sup>. Ambos vectores configuraban la nueva democracia social que pretendía unir a la sociedad con el Movimiento, y perpetuar las esencias de la dictadura en el nuevo contexto. De hecho ambos proyectos circularon por las mismas vías hasta el descarrilamiento de ambos en 1969. Según la Ley Orgánica del Estado, correspondía al Consejo Nacional, y por extensión al Movimiento mismo, la capacidad de promover, orientar y gestionar los procesos de participación política de los españoles, dentro, claro está, de los límites que marcaban los inamovibles Principios Fundamentales. El Estatuto Orgánico del Movimiento (1968) refrendaría esa competencia, iniciándose un intenso debate en el que terciarían tres secretarios generales, Solís, Fernández Miranda y Utrera Molina. No me interesa tanto señalar los cauces por los que discurrió ese debate, cuyo análisis ya se ha hecho y bien<sup>56</sup>, sino apuntar la centralidad que en la vida política del país va a recuperar el Movimiento y su Consejo Nacional con un proyecto que, insisto, no puede ser tildado simplemente de inmovilista, por cuanto perseguía

54. P. Ysàs, *Disidencia y subversión*, Barcelona, Crítica, 2004, pp. 109-114; otros aspectos interesantes del reformismo de Solís en pp. 84-92 y 97-101.

55. Aunque sin ese componente político y de opinión, el régimen abrió la puerta a las asociaciones en 1964 (Ley 191/1964, BOE 311 de 28 de diciembre). P. Radcliff, *Associations and the Social Origins of the Transitions during the Late Franco Regimen*, en N. Townson (ed.), *Spain Transformed. The Late Franco Dictatorship, 1959-1975*, New York, Palgrave MacMillan, 2007, pp. 157-158.

56. C. Molinero, P. Ysàs, *op. cit.*, p. 131 y ss.

evolucionar el régimen para adaptarlo a las nuevas circunstancias sociales que el propio régimen había generado, aunque fuera por la vía de negar esa misma realidad social. Por ese camino la incompatibilidad y el fracaso estaban servidos, pero es significativo cómo el Movimiento y su Consejo Nacional son capaces por un tiempo de recuperar la iniciativa política, y presentarse como el motor capaz de perfeccionar el régimen, y la solución, desde la observancia a los viejos principios, a los problemas del país. Iniciativa que supieron labrarse en buena parte para resucitar la languideciente organización que el Movimiento llevaba siendo desde hacía décadas, con una masa importante de afiliados, pero inactiva. La razón de ser del asociacionismo político radicaba en trascender los límites de la plaza de Oriente y los libros de afiliados, e ir al encuentro de esa mayoría de españoles no hostiles al régimen. El problema era que el vacío que décadas atrás el propio Franco tanto había temido que se produjese por ausencia de instrumento político, se había producido ya con una presencia disminuida del mismo, y en parte había sido sustituido ya por otras fórmulas, anhelos y místicas alternativas, que permitían dudar razonablemente de la buena acogida de propuestas que lejos de conducir al pluralismo ideológico, interpretaban que la demanda social quedaría satisfecha reconociendo el “pluriformismo” del Movimiento Nacional. De alguna forma, por tanto, el deterioro político y organizativo del Movimiento iniciado en la década de los Cuarenta, pasaba ahora su peculiar factura y podría considerarse como factor coadyuvante del desgaste general del régimen<sup>57</sup>.

Después de que Fernández Miranda, acatando las directrices de Carro, congelase por miedo a que derivase en partidismo el proyecto de asociaciones de Solís, y algún otro redactado por él mismo (21/5/1970)<sup>58</sup>, sería Utrera Molina quien ganaría pírricamente las últimas, pero significativas, batallas para el Movimiento. La congelación del asociacionismo fue una decisión coyuntural, se pospuso unos años («Diga no sin decirlo. No cierre la puerta, déjela entreabierta»<sup>59</sup>), los justos para que el propio Carrero, ya en la Presidencia, lo resucitase, persuadido posiblemente de que no tenía una alternativa mejor para reforzar el régimen y la monarquía que le sucedería, y en la creencia de que disponía del hombre adecuado para conducir el proceso. En este sentido, el menor de los males era recuperar la maltrecha base política que en otros tiempos el partido añadió al régimen. El Movimiento no concitaba las suficientes adhesiones, y ahora bien valía

57. Ó. Martín García, *op. cit.*, pp. 34-37.

58. R. Carr, J.P. Fusi, *España, de la dictadura a la democracia*, Barcelona, Planeta, 1979, p. 248.

59. Esa fue, al parecer, la directriz de Franco a Torcuato, ver P. Fernández-Miranda Lozano, A. Fernández-Miranda Campoamor, *Lo que el rey me ha pedido. Torcuato Fernández Miranda y la reforma política*, Madrid, Plaza y Janés, 1995, pp. 80 y 137.

desdecirse y conceder algo de “libertad”, de re-politización excluyente y controlada, si eso servía para lograr cierto acercamiento popular<sup>60</sup>.

Pero la muerte de Carrero desplazó la camisa blanca de Fernández Miranda y trajo, con presiones de Girón, la camisa azul del joven Utrera Molina, partidario del asociacionismo siempre y cuando quedase bajo el control del Movimiento. Aferrado al texto de las leyes orgánicas, reivindicaba para el Movimiento la gestión y el control de los cauces de representatividad política que se estableciesen<sup>61</sup>. Entre otras cosas, como señala Ferrán Gallego, porque se hallaba en juego el control sobre el poder local. Utrera, cuyo concepto de apertura del régimen descansaba sobre el diseño de fórmulas originales que ampliaran los cauces de representación sin desfigurar el sistema y permitiesen su continuidad («desde nosotros mismos hacia el futuro» diría), logró que el Movimiento recuperase protagonismo en el momento de mayor incertidumbre para la dictadura desde 1945 y situarlo donde deseaba, en una posición política central como catalizador de las diferentes sensibilidades y políticas dentro del respeto a los PFM. Enfrentado a un Arias preocupado por mantener al Movimiento bajo la disciplina del gobierno, para lo cual no le faltaban sin duda medios y aliados, Utrera le va a mostrar que podía disponer de una cadena de mando diferente de la del gobierno (que, entre otras cosas, le permite llegar a Franco sin intermediarios) que disponía de un órgano de partido, una cámara, y órganos de prensa muy agresivos. Y lo más interesante es que va a lograr un cierto éxito. El decreto final que dio luz verde a las asociaciones políticas (21/12/1974) respetó los términos acordados en el CNM<sup>62</sup>. Éste lograba competencias sobre la autorización, el control y la suspensión de las asociaciones, lo que le permitía abortar cualquier brote de liberalismo disidente, y aunque el gobierno se reservaba la posibilidad de intervención por motivos de urgencia, orden público o exigencias de la defensa nacional, no se nos puede ocultar que por vez primera el CNM, el Movimiento, aparece como elaborador de un texto legal y el gobierno como ejecutor administrativo<sup>63</sup>. Finalmente todo fue un espejismo, Arias logró convencer a Franco para hacer caer a Utrera, y nombrar de nuevo al dócil Herrero Te-

60. L. López Rodó, *Memorias: el principio del fin*, vol. III, Barcelona, Plaza y Janés/Cambio 16, 1992, pp. 478-483; S.G. Payne, *op. cit.*, pp. 672-673.

61. J. Utrera Molina, *Sin cambiar de bandera*, Barcelona, Planeta, 2008, pp. 201-206.

62. Es interesante el Decreto-Ley 4/1970 de 3 de abril de 1970 (BOE 82 de 6 de abril, p. 5.368), por reforzar las atribuciones del movimiento al establecer que los acuerdos del CNM podrían revestir carácter de leyes, decretos u órdenes ateniéndose a los procedimientos establecidos por las leyes.

63. F. Gallego, *El mito de la transición*, Barcelona, Crítica, 2008, pp. 54-107; G. Queipo de Llano, J. Tusell, *Tiempo de incertidumbre*, Barcelona, Crítica, 2003, pp. 142-152 y 156-161.

jedor (Opus Dei), mentor de Suárez, quien como Secretario general del Movimiento tras el breve interregno (de nuevo también) de Solís, tardaría pocos meses en revertir la situación en las Cortes con la Ley de Asociación Política, iniciando lo que a la postre sería un irreversible proceso de auto-cancelación.

#### 4. Conclusiones

A los ojos de buena parte de quienes nos hemos acercado al estudio del Movimiento-FET, éste aparece salpicado de evidencias que apuntan la pobreza de su papel político, a su debilidad estructural, a sus carencias organizativas, a su condición de fachada, y sobre todo a su naturaleza fascista castrada. Sin embargo, y como he tratado de mostrar a lo largo de las páginas anteriores, si contemplamos el fenómeno falangista en su conjunto, es posible desplazar al partido-Movimiento de esa posición auxiliar y de servicio, para reubicarlo en la que quizá sea su posición natural dentro del régimen, una posición de centralidad, a un nivel no inferior al que reconocemos al resto de fuerzas integrantes del “compromiso autoritario” franquista. Basta quizá, para reparar en ello, con despojarse un momento de la estrategia habitual que tenemos de abordar el fenómeno FET-JONS, y que no es otra que negarle relevancia por la debilidad de la proyección de su ideología fascista original, y por la derrota de sus posiciones políticas, especialmente las que tendían hacia algún tipo de primacía o hegemonía sobre el resto.

Tal y como creo que se desprende del análisis realizado, el partido-Movimiento fue apreciado en todo momento por el dictador desde el convencimiento que precisaba, para la vigencia de su dictadura, de una base social lo más amplia posible, de cierto calor popular, que sólo una institución intermedia que conectase el Estado y la sociedad podía proporcionarle. Consciente asimismo que su caudillaje y posterior victoria no se debían en exclusiva al concurso falangista, desde el mismo momento de la Unificación proclamó que la nueva criatura política que acababa de alumbrar renunciaba a la rigidez programática para lograr la mayor unidad posible en torno a una ideología flexible pero de base común (anticomunismo, antiparlamentarismo, catolicismo, etc.). Echaba a andar el Movimiento, la comunión en ideales, en principios doctrinales intangibles como fórmula para impulsar un movimiento social amplio y cohesionado que sirviese de base a la dictadura y a su poder personal.

Derrotado en la batalla por la hegemonía política e ideológica de 1941-1942, y antes de que las circunstancias abocasen a sonrojantes redefiniciones, el falangismo evolucionó lentamente, con oposición y contradicciones, por la senda marcada de la laxitud ideológica que culminaría en

1958, y de la acomodación pragmática. Sin embargo entre esa primera etapa más “azul” y la posterior definida por el oscurecimiento, el falangismo va a lograr dos cosas. La primera, no perder el control sobre el incipiente “Movimiento” hasta convertirlo en una prolongación de sí mismo, y la segunda, conservar no sólo casi la totalidad de su estructura orgánica y de su red capilar de servicios, sino también la influencia que había conquistado en el Estado (ministros, procuradores a Cortes, personal político local, gobernadores civiles, etc.).

El hecho de que FET-JONS monopolizase el tránsito por esa gran arteria por la que Franco pretendía que circularan sin estorbarse todos los que considerasen que tenían algo en común con él, desde luego no va favorecer el espíritu de unidad que inspiraba el discurso fundacional del Movimiento. Muy especialmente después de que Franco permitiese al falangismo recuperar la autoestima devolviéndolo al Consejo de Ministros y haciéndolo visible con su primer congreso nacional. La Falange-Movimiento quedaba rehabilitada. Pero no regresaría como una “familia” más, porque no era una familia más, sino que lo hizo como la estructura de poder que era, con ministros, con un Consejo Nacional en funcionamiento, con una nube de funcionarios y burócratas bajo su mando, y una red clientelar extendida por casi todos los rincones del país. E incluso, como señaló Saz, con un proyecto propio de nacionalización basado en la primacía de las ideas, de la política. Un proyecto, y un poder exclusivo que, aunque limitado por las válvulas de seguridad que el franquismo siempre dispuso para controlar actuaciones horizontales, va a despertar la animadversión de una nueva generación de dirigentes que ascienden a la dirección del Estado franquista por canales propios, y que apostaban por un régimen dirigido por una acción unitaria de gobierno, sin interferencias, y a través de decisiones basadas en la eficacia y no en la política.

Los éxitos de la despolitización tecnocrática no deben impedirnos valorar los propios del falangismo para conservar sus parcelas de influencia política, o sus intentos para lograr que FET-Movimiento ocupase el centro del sistema político. Lo primero lo lograrían en cierta medida en 1967, lo segundo no. Pero bastó para configurar una poderosa alternativa al Estado administrador de Carrero, basada en la recuperación del aliento popular para el régimen. Veinte años después, aquello era tanto como reconocer el poco arraigo logrado entre los españoles como movimiento político. Pero persuadidos del vacío político largo tiempo cultivado y temido, y de la cierta posibilidad de que las nuevas generaciones se encargaban de rellenarlo bajo nuevas y enemigas fórmulas, el partido-Movimiento diseñó una nueva legitimidad para el régimen y para sí mismo con la esperanza de ganar un futuro en el que se percibían cercados por el liberalismo o el marxismo. Su raquílica y extemporánea apuesta por la apertura de cauces de pseudo-representatividad encontraría casi tantos enemigos dentro como

fuera del régimen, y quizá por ello pueda parecer anecdótica en el marco de una dictadura acosada y sumida en la descomposición interna, pero nos da la medida de un movimiento político que, fracasado en muchos aspectos, no por ello dejó de ser un actor fundamental del juego político de la dictadura, ni parte esencial de su estructura de poder.